

# Los CoNteM poRa ñEoS

Esta persona que se levanta una mañana con sonrisa democrática y comienza a ensayar un vocabulario nuevo, aquella otra a quien

## POBRES GENTES

de pronto se la frunce el ceño y grita que todo es subversión—y conjura, infiltración, complot, traición—son la misma persona. Un desdoblamiento. Como el del doctor Jekyll y Mister Hyde. En lo abstracto y en lo general, los que comienzan a adorar el sufragio universal y a evocar los partidos políticos, y los que hablan del suicidio nacional, los "aperturistas" y los del "bunker" en la terminología de las últimas semanas, están movidos por una misma pasión de ánimo: el miedo.

Miedo al futuro. Unos pretenden afiliarse ya a él—siempre que no pierdan todavía sus privilegios, a los que han accedido con el vocabulario antiguo y el culto a lo existente—, otros pretenden que no suceda. Son hijos de una misma madre. Y padres de unos mismos hijos. Una madre que no se resigna a ver desaparecer, a ver envejecer poco a poco y, al fin, morir; unos hijos que no quieren ver crecer, hacerse hombres y mujeres y tomar el peso de la vida. Su enemigo es la biología. Mal enemigo.

Muchos querrieran ser su propio padre; muchos querrieran ser su propio hijo. Se disfrazan. Ahuecan la voz y la inventan energética para imitar al padre que ya no está, o se visten ropas juveniles y se cuelgan una guitarra del hombro para ser como sus hijos.

Dan, claro, pena. Y un poco de miedo. Ante estos personajes que desbordan su edad y sus circunstancias, que quieren apropiarse del tiempo con una soberbia—y con un pavor—impresionante, puede sentirse la compasión junto al miedo. Miedo,

porque son capaces de todo. Tienen miedo, y ante una persona con miedo hay que sentir también miedo.

Pueden hacer—intentar

hacer—todo. No tienen límites en ningún sentido. Han perdido la noción de sí mismos y de la realidad del mundo que les rodea. Reconozco que tienen algunos motivos. Vivimos—vive el mundo—tiempos confusos, del que se borran cada vez más los puntos fijos, las verdades invariables durante siglos, las ceremonias y las zalemas en las que antes se vivía. Nuestros felices antepasados podían tener una ideología que les duraba toda la vida, como los muebles de Maple y los tejidos que se compraban en Inglaterra. Se podía ser uno mismo desde la cuna a la tumba...

Ya no. El hombre de la sociedad de consumo creía que estaba consumiendo objetos; no se daba cuenta de que se estaba consumiendo a sí mismo, a su manera de pensar, a su manera de estar. Estos ciudadanos que se niegan a ser consumidos y llaman en su apoyo a las viejas deidades, estos otros que quieren convertirse en consumidores de los demás y se apuntan a un futuro que no existe, no son más que el espantoso cortejo de los hijos de Saturno. Saturno, que se comía a sus hijos para evitarles peligros...

Están crispados. Están tensos, paranoicos. Los que quieren parar el sol y los que quieren ganarle en su carrera, los Josué o los Icaro. Pobres gentes. Pobres y temibles gentes que escuchan la canción de Bob Dylan: "Está sucediendo algo, y usted no se entera". Crean, unos y otros, que lo saben, que se están enterando. Y se enteran de cosas que no hay. De quimeras, de grifos, de fantasmas. ■

POZUELO



Estatua del Rey Jaime I de Cataluña y Aragón en el Parterre de Valencia (obra del escultor catalán Valldmitjana).

## VALENCIA Y CATALUÑA

### El misterioso hallazgo del nummulites del Sureste

● Uno de los sueños más caros de la catalanidad es dar forma y fondo algún día a los llamados «países catalanes». Su silueta geográfica coincide con la supervivencia de la lengua hablada y con razones históricas que han tenido la suficiente fuerza como para que la lengua se siguiera hablando. Las fronteras de esos «países catalanes» abarcarían por el Norte el Rosellón hoy francés, entraría por el Oeste en tierras hoy administrativamente aragonesas, se estrecharía al entrar en el País Valenciano, para terminar en un Sur, punta situable en la localidad de Guardamar. Curioso. Queda dentro de esta malla Santa Pola, y el longevo don Santiago Bernabéu corre el riesgo de amanecer un día con los puntos cardinales alterados.

Hacia el Este, los «países catalanes» se completan con las islas Baleares. Y así se cierra el resultado histórico de la expansión de Jaime I de Catalunya y Aragón, que desde la plataforma de la Catalunya histórica ganó las otras tierras a los árabes y las catalanizó. El empleo de este verbo obliga a mucho. No sólo se repoblaron las tierras conquistadas con catalanes, sino que se extendieron a ellas formas administrativas y culturales, arraigó una lengua que fue accidentalmente modificada por sustratos lingüísticos anteriores. La raíz gramatical de esa lengua es, sin duda, el catalán.

Pues bien. En el País Valenciano ha estallado una de polémicas más sonadas de estos últimos años.

Todo empezó con una serie de reticencias periodísticas sobre si el habla de los valencianos actuales ya estaba configurada cuando llegaron

los catalanes. Manuel Sanchis Guarner, uno de los filólogos más importantes de la Península, publicó una serie de artículos en el diario *Las Provincias*, saliendo al paso de esta teoría. Sanchis Guarner demostraba que el parentesco del valenciano actual con el mozárabe anterior a la conquista catalana es prácticamente inexistente. Fue entonces cuando estalló con toda su fuerza la batalla. Uno de los directores de *Las Provincias*, el señor Ombuena, rebatió los argumentos del académico y protagonizó a partir de entonces una posición de defensa del «valencianismo» contra el anexionismo imperial catalán. Pero el valencianismo del señor Ombuena reúne connotaciones sumamente sorprendentes. Por ejemplo, se justifica de escribir en castellano:

«... Escribo en el idioma que escribo porque en él me expreso mejor y me entiende mayor número de lectores, finalidades ambas que cubren la función instrumental de cualquier lenguaje... Me expreso mejor (en castellano)... por razones subjetivas y por razones objetivas. Objetivamente, el idioma que utilizo es más flexible, más matizado, más evolucionado, más vivo, más extenso y más hecho literariamente. Subjetivamente, se ciñe más fielmente a mi pensamiento, y cuanto más complejo es mi pensamiento, más. A usted le habrán dicho seguramente que tal o cual idioma es consustancial con Valencia. Falso. Valencia existía muchísimo antes de que existieran el valenciano, el catalán y el castellano, y seguirá existiendo cuando todos ellos hayan muerto, porque los idiomas son co-